

Más que inaugurar una exposición, el Frente Juvenil levanta y proclama hoy una denuncia, una alerta y un testimonio.

En cada fotografía o documental que aquí se exhibe, está la denuncia indesmentible y brutal de lo que ha sido la expansión opresiva del comunismo soviético a través del mundo.

Junto a la imposición de la hoz y el martillo, decenas de naciones han perdido su identidad, y cientos de millones de seres humanos han visto conculcada su libertad.

La Unión Soviética, en su solo nombre, es una forma elegante para esconder un imperialismo, donde una pequeña camarilla comunista rusa ha sojuzgado a naciones de antigua y noble tradición propia. Pueblos como Bielorrusia, Ucrania, Lituania, Letonia, Estonia y tantos otros, fueron convertidos en supuestas repúblicas o Estados integrantes de la Unión Soviética, hipócrita disfraz de su simple anexión por el imperio comunista ruso.

Luego vino la satelización de media Europa. Una guerra mundial que se hizo para librar al mundo del totalitarismo nacionalsocialista de Hitler, dio como fruto de la victoria aliada, que la mitad de Europa se entregara definitivamente al totalitarismo marxista. Y así esos aliados, con Roosevelt y Churchill a la cabeza, no obstante la enorme superioridad bélica que Occidente tenía entonces sobre la Unión Soviética, cohonestaron el proceso que llevó a países de vieja raigambre libre y cristiana, como Polonia, Hungría, Checoslovaquia, Bulgaria, Rumania y otras, a caer bajo la férrea égida soviética. Hasta Alemania fue dividida, y la mitad de ella fue satelizada por Moscú.

Pero eso estuvo lejos de bastar. El expansionismo comunista puso luego sus garras en Asia, América y África. Esta exposición que hoy inauguramos, grafica ese avance que ya recorre el globo entero, desde Indochina y Afganistán, hasta Angola y Mozambique, pasando por Cuba y Nicaragua. La diversidad de latitudes es tan grande como la de fechas. Pero el significado y su origen son siempre los mismos.

Y cuando desde las entrañas de alguno de esos pueblos sometidos, ha brotado el clamor

valeroso e incontenible de sus ansias de soberanía y libertad, el Ejército rojo y sus tanques lo han aplastado con la violencia de masacres y purgas masivas, cuyas magnitudes y caracteres superan todo cuanto la humanidad conociera en sus peores épocas de barbarie.

Sin embargo, la denuncia sería insuficiente, si a ella no se agregara una alerta siempre vigilante. Una alerta frente a la doctrina que inspira esta opresión expansionista soviética: el marxismo.

Es cierto que la doctrina marxista ha fracasado rotundamente en sus pretensiones pseudocientíficas. Sus presagios históricos resultaron fallidos. Sus conceptos económicos se han demostrado incapaces de lograr el desarrollo y el bienestar. Sus tesis filosóficas han evidenciado su extrema debilidad, hasta el punto de verse actualmente desestimadas por casi todas las figuras intelectuales de verdadero relieve que gravitan en el pensamiento de nuestros días. El marxismo está en completa bancarrota doctrinaria en el mundo, pero aún así mantiene y engrosa no sólo las extensiones de su imperio, sino también sus seguidores y servidores que fuera de sus límites buscan expandirlo.

¿Cómo explicarse semejante paradoja? ¿Cómo entender tan extraño fenómeno? ¿Qué mantiene el poder expansivo del marxismo, a pesar de su ostensible fracaso?

De una parte, sin duda, está su potencial bélico y militar. Pero de la otra, también se encuentra el atractivo mágico de todas las utopías antinaturales, junto a la falta de lucidez de muchos para advertirlo, y la falta de reciedumbre moral de otros para combatirlo.

Desde esferas democráticas, y aún eclesiásticas, se revelan constantemente esas faltas, que llevan a tantos sectores humanistas y cristianos a temer una franca definición antimarxista, o a refugiarse para ello en una mera condena del stalinismo o del leninismo, que de algún modo pretende salvar o rescatar la fuente originaria del marxismo. Como si el leninismo y el stalinismo no fuesen otra cosa que la consecuencia lógica, necesaria e inevitable del marxismo, según lo advierte con tanta autoridad el Genio de Solzshenytsin. Como si la raíz más profunda e irredimible del

mal comunista, no estuviese -como lo está- precisamente en las ideas de Marx. Como si, en fin, el hegemonismo mundial no fuese una aspiración inseparable de la doctrina marxista.

Por eso decía al comenzar estas palabras, que hoy nos reúne aquí, no sólo una denuncia y una alerta, sino también un testimonio.

Como chilenos, queremos testimoniar nuestra decisión incommovible de luchar contra el imperialismo marxista que hoy encabeza Moscú, porque Chile es símbolo del éxito de un pueblo en la voluntad resuelta de defender su soberanía y su libertad, que en 1973 triunfó aquí sobre el expansionismo rojo.

Como cristianos, queremos testimoniar nuestra voluntad de combatir la doctrina marxista en su raíz atea, antinatural y utópica, alertando sobre su engañosa seducción y levantando contra ella las fuerzas de un verdadero ideal respetuoso de la naturaleza humana, y de las leyes morales que le impuso su Creador.

Como jóvenes, queremos testimoniar nuestra identificación con el dolor de todos quienes viven la opresión marxista en cualquier lugar del mundo, y nuestro compromiso de que no cesaremos de denunciarla mientras haya un ser humano que la sufra, en afrenta a su dignidad de tal.

De ahí que, al revés de quienes con espíritu cansado repiten en Europa Occidental que "más vale rojo que muerto", nos sentimos solidarios con aquéllos que en Polonia hoy tienen fuerza espiritual y coraje moral indomables para combatir, porque preferiríamos morir que ser esclavos, pero además creemos que esa falsa disyuntiva de la propaganda comunista, tarde o temprano, será vencida por todos los que tengan la voluntad de lucha para recuperar o mantener su libertad.